

EL SEÑOR GALÍNDEZ

Autor: Eduardo Pavlovsky
Director: Jaime Kogan
Escenógrafo: Carlos Cytynowski
Iluminación: Jaime Kogan

Elenco:

Eduardo: Alberto Ségado
Doña Sara: Pura Asorey
Pepe: Francisco Armas
Beto: Eduardo Pavlovsky
La Negra: Berta Drechsler
La Coca: Felisa Dzeny

Dinámica corporal: David Di Nápoli
Asistente de dirección: Francisco Díaz

El Señor Galíndez fue estrenada por el Equipo Teatro Payró (E.T.P.) en su sala el 15 de enero de 1973. Permaneció en cartel durante representaciones, hasta el 15 de noviembre de 1973. Inicia entonces una gira por las siguientes provincias: Mendoza, Tucumán, San Luis, Santa Fe, Buenos Aires y Córdoba, en la cual se realizan 50 representaciones. En 1974 sube nuevamente en cartel el 15 de abril, suspendiéndose las representaciones, a raíz de un atentado terrorista, contra el edificio del Teatro Payró en octubre del mismo año. En 1975 es seleccionada para representar a nuestro país en el X Festival de Nancy. Se realizan además funciones en Tours, Dijon, Vincennes y París (Teatro d'Orsay). Luego pasa a Roma (Teatro Club Jornada Internacional del Espectáculo) y Chieri (Festival Internacional de la Juventud). En 1976 parte a Venezuela, representando a nuestro país en el Festival Internacional de Teatro en Caracas. Luego realizará una gira por varios países latinoamericanos. Actualmente lleva representadas 600 funciones.

msrps
c.2
18-abr/76
11/1/78
JRB
UMF

SÉMINARIO MULTIDISCIPLINARIA
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Escenográficamente, la primer imagen que el espectador recibe es "extraña". Al subir muy lentamente la luz, se le presenta sobre el escenario un ámbito no muy definido. Deliberadamente no se grafica "qué es" ese ambiente. Muebles, una cama, varias sillas metálicas, una mesa, unos armarios, un colchón en el piso. Objetos sueltos, destinados sin relación unos con otros, un florero, un teléfono. Fotos de actrices, modelos en maya, jugadores de fútbol, pegadas aquí y allá. Las luces, muy concentradas sobre estos muebles y objetos, delimitan el espacio de la acción. Fuera de este límite: nada, la oscuridad, negro. Sólo después de transcurridos varios minutos de la acción de los actores el espectador comenzará a intuir, en esa oscuridad que enmarca el "ámbito", extrañas formas, como si se tratara de hierros, enrejados, alambres, elásticos de camas. Sin embargo todos los elementos que tiene claramente iluminados ante su vista son reales. Y la acción que comienza también es real: la vieja recoge papeles tirados, limpia la mesa, hace la cama, ordena.

Todo esto, en conjunto, buscando dar la sensación de que "estamos en un "lugar" que en realidad podría ser "otro". Dos elementos escenográficos significativos:

- a) El ámbito es estrecho, pero muestra una serie de datos que lo sugieren como habitable.
- b) La única entrada y salida, el único modo de llegar del exterior o dirigirse hacia él, está dado por un hueco en el piso, en el fondo de la escena. Desde ese hueco, y previa subida de varios escalones, emergen las figuras de los personajes que llegan, y por allí, bajando, desaparecen esas figuras cuando salen de ese "ámbito". A lo "extraño" del lugar, deberíamos agregar ahora un cierto toque "secreto". Transcurre la obra y efectivamente los personajes comienzan a hablar en ese "espacio": se come, se lee, se hace gimnasia, se bigenizan, etcétera.

Recién sobre el final de la obra se produce la "transformación" escenográfica del escenario. Es cuando Galíndez llama por teléfono anunciando a Beto y Pepe la inminencia del momento donde ejercerán sus verdaderos "oficios". Allí comienza a transformarse el escenario. Aparece la verdadera funcionalidad de ese "ámbito" y comenzamos a ver qué "es".

Todo en manos de los personajes: pequeños, exactos, preestablecidos movimientos tan mostrando la "verdadera cara" de la escenografía. Un mantel que se quita delata que, lo basta allí mesa, es en realidad una camilla; un armario con Bonavens pegado en sus vidrios, gira y deja ver cajas relucientes de instrumental médico; una vitrina es ahora un completo botiquín de primeros auxilios; una "inocense" lámpara suspendida baja por una soldana y su luz no deja margen para imaginar otra cosa que no sea un interrogatorio. Gafas, sueros, vendas, aparatos supuestamente ginecológicos, guardapolvos, guantes, van apareciendo en manos de los personajes.

"Bajando a cero" lo que basta aquí fue la luz ambiente, aparecen desde el fondo — marco — negro, rayos de luz blanca, fría, que como estíletes barren desde distintas direcciones la zona de actuación, mientras los personajes, dando los "últimos toques al material de trabajo", entran y salen de estas punzantes líneas de luz. Estos rayos luminosos provenientes desde el oscuro fondo pegan en esos "difusos" elementos que el espectador hasta aquí no ha descubierto con total claridad. Ahora sí. Son enrejados con grueso alambre tejido.

Un oscuro fondo negro.

Los manchones de luz sobre las rejillas.

Los niquelados elementos quirúrgicos.

Los capuchones grises ocultando los rostros de Beto y Pepe.

La lámpara inquisidora.

El "cambio" se ha producido: todo lo "anterior" se ha transformado en una exacta, terrible, científica cámara de tortura.

Nuestro problema estético (autor, director, escenógrafo): resolver escenográficamente lo que todos sabemos (los espectadores también): en nuestro país se tortura en muchos "lugares". En "ámbito" muy diferentes "profesionalmente" adecuados a esos fines. Había que lograr la síntesis de esto sobre el escenario. El pequeño escenario del Teatro Payró.

Y pudimos comprobar (al menos para nosotros) haber logrado esa

útiles en nuestra propuesta de imagen escénica. Nuestra concepción se fue dando tanto en el trabajo de puesta en escena de la versión original para el estreno como en su posterior adaptación en los enormes escenarios de la gira por el interior del país y por Europa. El concepto y la imaginación habían trabajado juntos.

EDUARDO PAVLOVSKY
JAIME KOGAN

En la primera escena aparece en el escenario un muchacho joven (Eduardo, 20 años) sentado en una de las camas. Está impaciente. Aparece pulcramente vestido. Camina por el lugar. Mira de vez en cuando su reloj.

A su lado aparece Sara, una mujer de 65 años, que está limpiando el lugar. Hay dos camas, un televisor, un armario, varias sillas. (Los demás implementos se irán agregando de acuerdo con la escenografía.)

EDUARDO: ¿Usted cree que tardarán mucho? Son las doce y cuarto. Me dijeron que vendrían a las doce.

(Sara continúa limpiando. Parece no escuchar. Se oye una música y la vieja parece barrer un tanto rítmicamente.)

SARA: No sea impaciente, joven. Todos los jóvenes de ahora son impacientes. A usted le dijeron que iban a venir a las doce, y son las doce y cuarto, ¿no es así?

EDUARDO: Ahora son las doce y veinte.

SARA: ¿Y qué importancia tiene? Venir, van a venir, agarre una revista y espérelos tranquilo. *(Sigue limpiando.)*

EDUARDO: ¿Hay un baño por aquí?

SARA *(señala el fondo)*: Esa puertita de ahí tiene un inodoro. Si tiene necesidad, úsclo. Ahí en el primer cajón tiene papel higiénico.

EDUARDO *(avergonzado)*: No, yo voy a hacer pis, no necesito papel higiénico, señora.

SARA: Haga pis o caca eso es asunto suyo, joven. No tiene necesidad de decirme lo que va a hacer entre esas cuatro paredes. Allí adentro cada cual hace lo que quiere. Bueno sería que uno tuviese que contar las cosas que hace ahí dentro. Es una porquería todo eso. Ustedes los jóvenes de ahora tienen la manía de contarse todo, hablan de las intimidades como si fuera un asunto público. Yo siempre digo que así pierden el encanto de las cosas. Hay cosas de las que no se debe hablar. Se pierde el romanticismo. *(Eduardo permanece parado, mirándola atónito.)* ¿Y, no va? ¿Qué pasa ahora?

EDUARDO: Se me fueron las ganas.
 SARA: ¿No dijo que iba a hacer pis?
 EDUARDO: Sí, pero ya no tengo ganas.
 SARA: Ve, esa es la inconstancia de la juventud, es lo que yo les critico a ustedes. Un día quieren una cosa, otro día otra. Hace un ratito quería hacer pis, ahora ya no tiene ganas. ¿Cómo van a progresar así? Por eso están tan desorientados. Cómo no se van a inyectar drogas.
 EDUARDO: No, yo no me inyecto drogas, señora.
 SARA: Eso es asunto suyo y no tiene por qué seguir contándose sus intimidades. Basta de porquerías, joven.
 EDUARDO (*desorientado*): No, yo sólo le quería decir que de chico siempre me pasaba igual. Llamaba a mamá de noche para ir al baño, y cuando mamá me levantaba ya no tenía más ganas.
 SARA: ¿Y cuántos años tenía?
 EDUARDO: ¿Quién?
 SARA: Usted, joven. ¿De quién estamos hablando?
 EDUARDO: No sé, tendría tres o cuatro años...
 SARA: ¿Dice usted que su mamá lo levantaba? ¿Por qué no se levantaba usted solo? ¡Pobre señora!
 EDUARDO: Era por indicación médica, porque era enurético.
 SARA: ¡Sea usted ecurético o lo que usted quiera, eso es asunto suyo y a mí no me interesa; ya se lo dije, a mí con chanchadas no, ¿eh?
 EDUARDO (*binchado*): Hace bastante frío por aquí, ¿no?
 SARA: No me gusta que cuando estoy hablando de un tema me salgan a otro sin escucharme, ¿me entiende? Eso es ser mal educado. (*Eduardo prefiere no continuar el diálogo y se vuelve a sentar en la cama y hojea el diario. Sara continúa limpiando, se acerca y saca del cajón de un escritorio papel higiénico y se lo ofrece*) ¿No quería ir al baño? Si lo pongo nervioso me voy y vuelvo. Le puedo dar una revista si quiere llevarse adentro. Los muchachos siempre llevan revistas adentro. Vaya y descongétonese. Le va a hacer muy bien, y no se preocupe por mí. Haga tranquilo. (*Le alcanza una revista*) Hay gente que se pone nerviosa cuando va al baño y hay alguien en la pieza de al lado. Por los ruidos. Pero eso es natural y debiera comprenderlo. Cuando me casé con mi marido, que en paz descanse (*se persiguen*), Abelardo no pudo ir al baño durante los primeros días. Tenía vergüenza. Yo, cuando volvía de hacer las compras, le preguntaba: ¿hiciste, Abelardo? Al final le tuve que dar una enema de un litro. El decía que a partir de ahí se perdió el romanticismo. Siempre me reprochaba lo de la enema, pero ¿sabe lo que pasaba, joven?, yo

no quería decir lo a Abelardo, por no ofenderlo, pero tenía un aliento insoportable, y le prevengo que después de la enema las cosas empezaron a mejorar en todo sentido, porque al principio Abelardo estaba muy renuoso conmigo. ¿Qué le pasa?
 EDUARDO: ¿No tiene otra revista que no sea el Pato Donald?
 SARA: ¿Por qué? ¿Qué tiene contra el Pato Donald? Pepe siempre la trae.
 EDUARDO: ¿Quién es Pepe?
 SARA: Uno de los chicos.
 EDUARDO: ¿Y no tiene otro tipo de revista que no sea el Pato Donald?
 SARA: Ah, ahora le entiendo muy bien. ¡No! Sepa que no tenemos aquí el tipo de revista que usted quiere. ¡Ni yo lo toleraría!
 EDUARDO: ¿Cómo? No entiendo. ¿De qué habla?
 SARA: Sí, sí, usted enjende muy bien a lo que me refirió. Usted me está pidiendo alguna revista de esas que ahora tiene la juventud, alguna pornografía para hacerse la chanchada en el baño.
 (*Eduardo la mira totalmente desorientado y se da cuenta de que es inútil seguir el diálogo. Toma el diario, vuelve a leer. Sara sigue limpiando. De repente parece que tuviera un retorcijón. Se agarra la barriga. Toma el papel higiénico y el Pato Donald y va al baño.*)
 SARA (*se ríe*): ¡Si no conozco nada yo a la juventud! ¡No!
 (*Se oyen ríes. La puerta de la cama se abre y emergen de la escalera descendiendo Beto y Pepe*)
 BETO: ¡Hola! ¡Hola! ¡A la vieja más linda del mundo!
 (*Pepe pega un salto de la escalera y se abalanza sobre Sara. Pepe se pone a bailar con Sara. Sara ríe y se sienta un tanto forzada, pero sigue el juego.*)
 SARA: Basta, basta que estoy cansa...
 BETO (*aplumde desde el pie de la escalera*): Yo también, yo también. (*Bailan los tres.*)
 SARA: ¡Basta que me matan, locos!
 (*Reaparece Eduardo, asustado y poniéndose los pantalones. Tiene el Pato Donald en una mano.*)
 BETO: ¿Y esto qué es?
 EDUARDO: Buenas tardes, señor, discúlpame. (*Se pone los pantalones.*) Tengo una carta para ustedes. (*Va a la valija y busca la carta.*)
 PEPE (*se lo arranca*): ¡Traé el Pato Donald!
 SARA: Este joven los esperaba hace rato. Vino con el amigo de ustedes.

BETO: Dame la carta.
 SARA: Fue bastante atrevido conmigo.
 PEPE: ¿Así que te la querías hacer a la vieja?
 SARA: Me pidió revistas pornográficas.
 (Eduardo le entrega la carta a Beto.)
 PEPE: ¿Te la querías calentar, eh?
 SARA: ¡Yo podría ser su madre. ¡Qué porquería!
 BETO (a Pepe): Léelo esto. ¡Mirá quién lo mandó!
 PEPE (lee): ¡Pero no puede ser! Pero...
 BETO: Mirá el paquete que nos manda.
 SARA: ¿... muy chanchó! ¡Cuidensé! (Sube la escalera.)
 PEPE: Lindo rato vamos a pasar con este mierda.
 BETO (a Eduardo): Aquí no hay lugar para vos. Hay dos camas.
 PEPE: Si nos quedamos más de un día, ¿dónde pensás apollillar?
 EDUARDO: En cualquier lugar, señor.
 BETO: En el armario no tenés lugar. No podés dejar nada allí.
 PEPE: Además yo hago gimnasia, y estás donde estás, me sacás lugar, pibe.
 EDUARDO: Por mí no se preocupen. Yo me tito en cualquier lugar. Me quedo parado si quiere. Yo no tengo problemas.
 BETO: El problema lo tenemos nosotros con vos. Nosotros trabajamos... muy bien solos, y nos joden los extraños, ¿entendés?
 PEPE: ¿encima venís y de entrada te la querés hacer a la vieja, que debería ser tu madre.
 EDUARDO: Son ideas de ella, señor, yo no le dije nada a la señora.
 BETO (a Eduardo): ¡Encima sos mentiroso! (A Pepe:) ¡Te juro Pepe que un día Galíndez me va a oír! ¡Cómo es posible que no nos consulte!
 PEPE: ¿Y alguna vez nos consulta? ¿De qué hablás?
 BETO: ¡No!, pero para una cosa así nos debió haber avisado antes. Esto es distinto. Al fin y al cabo no somos novatos. Él sabe que trabajamos muy bien los dos juntos. Se lo dijimos muchas veces.
 PEPE (a Eduardo): ¿Qué mirás, boludo?
 BETO (a Eduardo): ¿Qué venís a joder acá dentro?
 EDUARDO: No, señor; además, ustedes dos me caen muy bien.
 PEPE: Pero sabé que a nosotros nos desgradás profundamente. Tu presencia nos hincha las pelotas, ¿entendés?
 BETO: Si fuera por mí, te hubiera sacado a patadas.
 PEPE: No esperamos ayuda de nadie.
 BETO: Trabajamos solos, ¿entendés?

PEPE: Uno se acostumbra a laburar de a dos y vos venís a joder nuestro ritmo.
 EDUARDO: Si hubiera sabido que les ocasionaba tanta molestia no hubiera venido.
 BETO: ¡Pero vos habrías pedido venir aquí!
 PEPE: ¿Qué venís a hacer acá? ¿A espiarnos?
 BETO: Galíndez no manda nadie acá si no tiene ganas de venir.
 PEPE: ¿De qué jugás? ¿De alcahuete? ¡Putito!
 BETO: Revisalo, Pepe. Yo voy al baño. (Sale al baño; vuelve del baño en seguida. A Eduardo:) Decime, ¿quién carajo te creés que sos vos?
 EDUARDO: ¿Qué pasa? ¿Qué hice ahora?
 BETO (a Pepe): ¡Nos dejó los soretes de regalo!
 PEPE: ¿Cómo, no tiraste la cadena?
 EDUARDO: Disculpen...
 PEPE: Primero llegás y te querés fifar a la vieja, y ahora nos dejás los soretes en la bandeja.
 BETO (a Pepe): ¡Alcanzale el desodorante! ¡No se puede entrar allí! (Pepe saca el desodorante del armario y se lo tira a Eduardo, que se va al baño.)
 PEPE: ¡Tirá la cadena!
 SARA (entrando y poniendo la mesa): La comida está lista, muchachos.
 BETO: No me hable de comida, que vomito. (Arregla su bolso y pone sus cosas en el armario.)
 PEPE: El degenerado no tiró la cadena.
 SARA (sale): Les dije que era un degenerado.
 BETO: Uno viene con ganas de laburar y te mandan un cagonazo como éste.
 PEPE (a Eduardo): ¡Che!... ¡Pará, viejo! Encima no me gastés todo el desodorante.
 (Sara vuelve a entrar trayendo cubiertos y platos.)
 BETO (a Sara): Por qué no espera un ratito, Doña Sara, que se airee un rato, que hay un tufo bárbaro.
 SARA (saliedo): Bueno, voy a esperar un rato antes de servirles.
 (Beto ordena sus cosas en el armario. Pepe saca de su valija unas pesas y una pequeña pelota que engancha en la cama.)
 BETO: ¿Qué? ¿Te vas a poner a hacer gimnasia ahora?
 PEPE: Por ahora armo la polca. (Hace mucho ruido.)
 BETO: ¿No sabés que tu gimnasia me pone nervioso, Pepe?

PEPE: Y a mí, no hacer gimnasia me pone nervioso, vos eso lo sabés muy bien. (*Sigue armando la polera.*)

EDUARDO (*entrando*): Ya está, señor. (*Pausa.*) Perdón, ¿dónde pongo mis cosas?

BETO: ¡Dejalas donde quieras y dejate de hinchar, infeliz!

(*Eduardo intenta dejar sus cosas al lado de la cama de Pepe.*)

PEPE: No, al lado mío no; ponete en ese rincón.

(*Eduardo va al rincón.*)

BETO: ¿Cuál rincón?

PEPE: Acá, en ése.

BETO (*señalando otro lugar*): No, ponete ahí, pibe.

(*Eduardo se vuelve a correr.*)

PEPE: Pibe, vení, ponete al lado mío.

(*Eduardo se vuelve a mover.*)

BETO: No, pibe, ponete en el medio de los dos.

(*Eduardo se pone en el medio.*)

EDUARDO (*muy cansado*): Perdón, señor. ¿Me quedo acá?

PEPE: Vos hacé lo que quieras.

BETO: ¿Qué tenés que preguntar tanto? Decidí tu vida, infeliz, y no jodas más.

SARA (*entrando con la comida*): A comer, muchachos.

PEPE: ¡El morfil!

BETO: ¿Por qué no trae una sillita y morfa aquí con nosotros, Doña Sara?

SARA: No, coman tranquilos, que voy a comer en la cocina. A ver si les gusta. (*Salé.*)

PEPE: ¿Querés vino, Beto? (*Empieza a comer.*)

BETO: Servime un poco. ¿Tenés la tarjeta?

(*Pepe le alcanza una tarjeta.*)

PEPE: ¿La tuya?

(*Beto le alcanza una tarjeta.*)

PEPE: Está polenta, ¿eh? (*Comiendo con gusto.*)

BETO: ¿Querés que te diga la verdad? (*Mirando la tarjeta.*)

PEPE: ¿Qué pasa? ¿Hice algo mal?

BETO: ¿No te vas a enojar como la otra vez, Pepe?

PEPE: ¡Si vas a decir algo para amargarme, callate!

BETO: No, es por tu bien. Te digo la verdad.

PEPE (*muy serio*): ¿Pero por qué? ¿Es algo muy grave? ¿Qué, qué pasó? ¡Hablá!

BETO: Sos un aficionado.

PEPE: ¿Por qué soy un aficionado?

BETO: ¿Pero cómo ponés que Colón le gana a Boca? ¿No sabés que hace quince años que no le gana en la Bombonera?

PEPE: ¿Sos tonto vos? ¡Pálpito, vicjol!

BETO: ¡Poné la lógica! ¿Por qué no le decís a tu vieja que te haga el Prode?

PEPE: ¡Y yo digo que Colón le gana a Boca!

BETO: ¡Pero si va último, infeliz!

PEPE: Por eso, por eso le gana. ¿Entendiste?

EDUARDO: Yo puse que gana Boca.

(*Beto y Pepe lo miran.*)

BETO: Es inteligente el pibe, ¿eh?

PEPE: ¿Vos también jugás al Prode?

EDUARDO: A veces jugamos en la colimba entre unos cuantos.

BETO: ¡Pepe, no lo invitamos a manyar al pibe! Vení, pibe, sentate.

(*Ya no hay nada de comer. Eduardo busca, pero ya no hay nada.*)

Se han comido todo.

PEPE: ¡Ahí tenés pan! (*Le tira un trozo de pan en la cara.*)

BETO (*a Pepe*): Servile vino.

(*No hay vino. Pepe sólo le sirve las últimas gotas que guarda*

la botella.)

PEPE: ¡Lástima! Hubieras avisado antes y te sentabas a morfar con nosotros. Como no decís nada, yo pensé que ya habías comido.

BETO: Mejor, así está más liviano el pibe. A vos Galíndez te manda para aprender acá. Tenés que estar muy lúcido.

EDUARDO: Yo estoy muy contento de estar con ustedes.

PEPE: ¿Y cómo te metiste en esto?

EDUARDO: Por unos tests que me sacaron.

PEPE y BETO (*a la vez*): ¿Por unos qué?

EDUARDO: Por unos tests, unos cuestionarios. Me dijeron que mi personalidad se adaptaba a este tipo de trabajo, y como yo me mostré interesado me dijeron que viniera a hacer la práctica con ustedes. Me hablaron de cursos teóricos primero, pero me dijeron que por mis características personales yo tengo que hacer la práctica; después, si me adapto, viene la teoría.

BETO: ¿Viste, Pepe? Ahora les sacan tests y todo.

PEPE: ¿Ya leiste los libros de Galíndez?

EDUARDO: No, todavía no. Quiero decir, recién empiezo a leerlos. Estoy por terminar el primer tomo. Son muy interesantes. Yo al señor Galíndez no lo conozco personalmente, pero después de haber

leído las dos primeras líneas ya tenía ganas de conocerlo. Cuando me dio la carta para ustedes lo quise ver para agradecerle, pero me fue imposible, ¡no lo pude ver! Fui dos veces seguidas. Me resultó extraño no poder verlo.

BETO: ¿Te resultó extraño no poder ver a quién? (*Amenazante.*)

EDUARDO: Al señor Galíndez.

PEPE (*se levanta y lo agarra del cuello*): ¡Decíme, infeliz! ¿Vos te creés que un tipo como Galíndez te va a recibir a vos por tu linda jeta?

BETO: ¿Pero quién te creés que sos, Marilyn Monroe? ¡Infeliz!

PEPE: Así que el nene colimba pretende, porque sí, tener una entrevista con Galíndez. Nosotros hace dos años que laburamos para él y todavía no le vimos la jeta. (*Le aplasta la cara contra el plato.*)

BETO: ¡Dale de comer, así se le pasa la pedantería a este mocosol! Primero te querés fifar a la vieja, después nos dejás los soretes de regalo, y ahora te extraña no poder haber visto a Galíndez en diez minutos. ¡Pero vos sos increíble!

(*Pepe le tiene la cara pegada al plato. Entra Sara.*)

SARA: ¿Quiéren café, muchachos?

PEPE (*riendo*): No, esperé, que el pibe no terminó el segundo plato.

SARA: ¿Ya están trabajando?

BETO: Traiga dos cafés, doña Sara. Viene a aprender el oficio.

PEPE: ¡Le hicieron un test! Salíó bien y viene a especializarse.

BETO: Dejalo, Pepe, ya comió. A ver si se indigesta el pibe.

(*Pepe asloja y Eduardo se levanta de la mesa llorando. Se va al baño. Beto extrae del portafolio unos apuntes y saca un grabador del armario.*)

PEPE: Tirá la cadena, no te olvides, ¿eh?

BETO: ¡La juventud! ¡Ay, mi Dios!

PEPE: Es rico el pibe, ¿no?

(*Pepe mira a Beto. Le toma uno de los apuntes y lee.*)

PEPE: ¿Lico Profesional Cima?

BETO: Estudio allí ahora.

PEPE: ¿Y para qué te metiste en eso?

BETO: Mirá, viejo, yo quiero progresar, ¿sabés?, y por eso me puse a estudiar Contabilidad, Secretariado General y también Impuestos. Me quiero hacer un camino en la vida. Un futuro.

PEPE: ¿Pero vos no estás contento con este laburo?

BETO: Y... contento estoy.

PEPE: ¡Y entonces!

BETO: Lo que pasa, es que este laburo puede terminar alguna vez.

PEPE: Pero decíme, ¿sos loco vos? Si este es el laburo más seguro del mundo. Además, vos ya sos un maestro... ¡un especialista! Mirá el pibe éste cómo viene a aprender de nosotros. ¿Por qué te creés que lo mandan? Porque somos imprescindibles.

BETO: Sí... imprescindibles somos. ¿Pero sabés qué pasa? Después de lo del flaco Ahumada... yo me puse a pensar tantas cosas.

PEPE: Pará viejo, que el flaco Ahumada era un loco. Vos lo sabés muy bien. Estaba mal y así tampoco iba a seguir mucho tiempo.

BETO: Pero vos sabés que el flaco era un capo en el laburo. Sin embargo lo llamaban cada vez menos, le pagaban el sueldo con atraso, la gente no quería conversar con él. Como para no estar mal, ¿no?

PEPE: No, pero escuchame, al flaco últimamente le estaba saliendo muy mal el laburo.

BETO: No Pepe, la mano no viene así.

PEPE: ¿Qué es lo que no viene así?

BETO: A mí el flaco me contó otras cosas. Me dijo que, cuando laburaba, Galíndez hablaba primero y le daba las órdenes; a los diez minutos volvía a hablar y le cambiaba las órdenes por otras distintas... y cuando el flaco terminaba de laburar, Galíndez lo llamaba enojado para decirle por qué había desobedecido las instrucciones. Entonces el flaco le explicaba que él había laburado siguiendo las instrucciones del segundo llamado; ¿y sabés lo que decía Galíndez? Que él había hablado una sola vez, que no había existido un segundo llamado... ¡como para no estar mal!

PEPE: Qué lío, ¿no?

BETO: Yo le dije que lo fuera a ver. Estuvo veinte días en las antecámaras y justo el día que le tocaba verlo le dijeron que Galíndez no podía recibirlo porque estaba ocupado. (*Para.*) ¿Sabés una cosa, Pepe? Hay una cosa que nunca te dije: Hace más o menos un mes, el flaco me llamó a casa desesperado. Yo estaba en la cama con la patrona; pero te juro, le sentí la voz tan mal, que me fui corriendo a verlo a la casa. Cuando llegué, me dijo que le habían hablado para decirle que lo querían matar. ¡Estaba desesperado el flaco! ¿Sabés lo que me pidió, Pepe? Que le diera la mano y que no apagara la luz porque tenía miedo... lloraba como un chico.

PEPE: ¿El flaco lloraba?

BETO: Vos sabés, Pepe, que al flaco yo lo conozco desde que entré en el laburo. ¡Para mí era un maestro, un fuera de serie! ¡Uno de esos tipos que no hay más!... ¿y cómo lo iba a abandonar?

PEPE: ¿Y qué pasó?

BETO: A las dos de la mañana sonó el teléfono, el flaco chapó el tubo... yo vi que se ponía pálido, que temblaba... entonces le arranqué el tubo y me puse a escuchar... le decían que se fuera del trabajo, que ya no servía más, y que si no se iba del país lo iban a liquidar... (Pausa.) Para mí la voz era la de Galíndez.

PEPE: ¿Qué decís? ¿Estás loco vos?

BETO: No, el que hablaba no decía que era Galíndez, decía que hablaba de parte de Galíndez... pero para mí la voz era la de Galíndez, Pepe.

PEPE: ¿Y el flaco? (Sobresaltado.)

BETO: Cuando colgaron el tubo, yo lo miré al flaco. Estaba tranquilo. ¿Viste esos tipos que pescan todo de golpe? ¿Que entienden todo? De repente se acerca y me dice: "Gracias hermano, gracias Beto por haberme acompañado. Andate ahora a tu casa porque entiendo todo."

PEPE: ¡Yo no entiendo un carajo!

BETO: Yo tampoco entendía. Le pregunté: "Flaco, ¿qué pasa? ¡Hablá!... pero él no quiso. Me acompañó hasta la puerta y me besó... Los dos lloramos. Al día siguiente lo encontraron ahorcado... Yo no quise verlo.

PEPE: ¿Pero... él no se había ahorcado porque la mujer lo abandonó?

BETO: No. Yo por eso, Pepe, me inscribí en el Liceo Profesional Cima, ¿sabés? Por ahí la mano viene mal y quieren prescindir de mí... ¡y bueno! Yo ya tengo otro laburo. Vos sabés que yo tengo otros compromisos en la vida, tengo mujer, familia, hijos. Vos sos más libre que yo. La verdad que te envidio. ¡Vos sos un tipo libre. Pepe!

PEPE: Pero... yo no lo puedo creer. Si a nosotros Galíndez nos quiere mucho. ¿No nos felicitó muchas veces por el laburo?

BETO: ¿Pero quién te felicitó?

PEPE: ¿Cómo quién me felicitó?

BETO: ¿Cómo sabés que es Galíndez el que te felicitó?

PEPE: ¡Pero si nos mandó dos telegramas firmados de puño y letra por él!

BETO: Los telegramas pudo no haberlos mandado él.

PEPE (aterrado): ¿Y quién entonces?

BETO: Alguien que se hace pasar por él. ¿Cómo sabemos que es Galíndez, si hace dos años que laburamos para él y todavía no le vimos la jeta?

PEPE (tranquiliándose): Pero Beto, Galíndez existe... digo, es una persona real... de carne y hueso, como nosotros...

BETO: Sí, supongo que sí.

PEPE (asustado): ¿Cómo suponés? ¿Ahora me vas a decir que podría llegar a no ser de carne y hueso como nosotros?... ¿y entonces nosotros qué hacemos con él? ¿Por quién estamos? ¿De quién recibimos las órdenes?

BETO: ¡De Galíndez, Pepe!

PEPE: Entonces no hay problema. Estamos aquí porque él nos da las órdenes... que nosotros obedecemos. Él nos paga y nosotros laburamos. ¡Chau, viejo, no me jodas más!

BETO: De eso no estoy seguro. ¿Y si estuviésemos aquí y recibiríamos las órdenes de otro? ¿Cómo sabemos para quién laburamos si nunca vemos a Galíndez?

PEPE: ¿Y quién te paga? ¡Ahí está! ¿Quién nos paga? El sobre quien que lo cobramos, firmadito y selladito por él todos los meses.

BETO: Puede ser que nos esté pagando Galíndez... pero nosotros, a la vez, estar laburando para las órdenes de otro, que puede estar en combinación con Galíndez, Pepe. Yo, después de lo del flaco Ahumada, jempécé a pensar tantas cosas!

PEPE (riendo): ¡Está bien! ¿Y quién es el otro que se hace pasar por Galíndez, digo... el caso en que no fuera Galíndez en persona quien nos habla, sino alguien que se hace pasar por él?

BETO: ¿Y si fuera alguien que Galíndez utiliza para dar contraórdenes? (Pausa.) ¿Y si fuera alguien que estuviera interfiriendo, que estuviera saboteando a Galíndez?

PEPE: ¿Vos decís alguien que se hubiera metido y estuviera provocando?...

BETO: ¡Caos! (En ese momento, Eduardo sale del baño con el desodorante en la mano.)

EDUARDO: Ya puse el desodorante, señor.

(Pepe y Beto lo miran a Eduardo. Avanzan hacia él. Lo agarran, lo empujan. Lo patean.)

BETO: Decíme, hijo de puta, ¿quién sos vos? (Lo agarra de los genitales.)

PEPE: Hablá claro. Te descubrimos. A nosotros no nos vas a joder como lo jodiste al flaco Ahumada. (Lo agarra del cuello.)

BETO: ¿Para quién laburás, pibe? (Trompeada.)

PEPE: ¿Así que te hacés pasar por Galíndez? (Trompeadas en la cara.)

BETO: ¿Por qué no lo imitás ahora? ¡Ventriloco! ¡Dale! ¡Imítalo!

EDUARDO: ¡Socorro! ¡No sé de qué hablan!

PEPE (lo pateo): Querías jodernos como al flaco, ¿no?

BETO (también lo pateo): Pero nosotros somos dos con Pepe. Laburamos en equipo y nos vamos a defender hasta el final.

(Suena el teléfono. Beto y Pepe lo sueltan a Eduardo. Este cae desmayado al piso.)

BETO: ¡Hola!... Sí. (Levantando el tubo. Cambia su cara inexpresiva a una cara de enorme placer y obsesividad.) Sí, señor Galíndez... ¿Cómo le va a usted, señor?... Muy bien, muchas gracias señor... (A Pepe:) ¡Te manda saludos el señor Galíndez, Pepe!

PEPE: ¡Mandale vos mis saludos también!

BETO: Aquí Pepe le retribuye los saludos, señor... Sí, señor, el nuestro compañero ha llegado. (Lo mira a Eduardo.) Pierda cuidado que nos vamos a ocupar de él... además, con Pepe ya le hablamos del trabajo en común y él está encantado con nosotros... Sí, señor... y bueno, nuestra misión es esperar, señor... comprendido, señor. ¡Entendido! ¡A sus órdenes, señor! (Cuelga.)

PEPE (como un chico): ¿Y? ¿Qué te dijo?

BETO: Dijo que todavía no hay novedades. Que esperemos tranquilos. Que espera poder felicitarnos como siempre. (Emocionado.) Y que está orgulloso de nosotros.

PEPE: ¿En serio te dijo que estaba orgulloso de nosotros?

BETO: Dos veces me lo dijo, Pepe. Al principio y al final de la conversación. ¡Dos veces!

PEPE: A ver, repétime las mismas palabras que te dijo recién.

BETO: No me acuerdo, Pepe... a ver... pará... dijo... que no había novedades... que esperaba que realizáramos la tarea con la misma eficiencia de siempre y que nos mandaba un abrazo.

PEPE: ¿Un abrazo?

BETO: Te lo juro, Pepe. Y lo dijo con una voz muy sentida. De acá lo dijo. (Se toca la garganta.)

PEPE: ¡Qué gran tipo este Galíndez! Mirá que siempre fue muy cariñoso con nosotros. ¿Viste? Yo te decía...

BETO: ¡Es un señor! Digan lo que digan, Pepe, ¡pero es un señor! (Se hace nerviosamente.) Yo ya tengo unas ganas de empezar a moverme. ¡Te lo juro!, cada vez que hablo con él, ¡me entran unas ganas de laburar!

PEPE: ¡Seguro que nos manda otro telegrama! ¡Yo también tengo ganas de empezar a laburar!

BETO: ¡Digan lo que digan, Pepe, pero es un señor! (Se oye un gemido de Eduardo. Beto y Pepe lo miran.)

Apagón prolongado. Música de percusión sugiriendo el transcurrir de un prolongado espacio de tiempo. Cuando sube la luz los espectadores visualizan a los personajes en la siguiente situación:

Beto está estudiando con varios apuntes del Liceo Profesional Cima. Utiliza también un grabador de donde se escucha su lección de contabilidad. A veces detiene el grabador y repite casi de memoria lo oído por el grabador. Cuando no recuerda algo, vuelve a dar la cinta para recordarlo y continúa.

Pepe se está afeitando con una navaja. Está frente a Beto y cada tanto lo observa.

Eduardo está durmiendo sobre un colchón en el suelo.

PEPE: Ché, Beto...

BETO: ¡Shhh!... (Escucha el grabador.)

PEPE (patea): ¡Ché, pará! ¿Vos nunca la fajaste a mi vieja?

BETO: ¡Querés callarte! ¿No te das cuenta que estoy escuchando la lección? ¿Sos sordo o te hacés?

PEPE: Pero un bife... ¿nunca le diste de pibe?

BETO: ¡Calláte, boludo, que no oigo!

PEPE: ¡Pero contestame, Beto! ¿Un cachetazo? ¿Un bifecito?

BETO (parando el grabador): ¡No, nunca la fajé a mi vieja! ¿Estás tranquilo? ¡Nunca la fajé! ¡Dejame estudiar ahora!

PEPE: Estás nervioso, eso es lo que pasa.

(Beto prende el grabador. Escucha, muy concentrado. Pepe continúa afeitándose. Eduardo duerme.)

PEPE: Ché, ¿y a la patrona? ¿Le das?

BETO (apaga el grabador): ¡Mirá, Pepe, no jodás más! ¡O me dejás estudiar o te rompo la cabeza, en serio!

PEPE: Estás nervioso. Cuando el capo no llama te ponés insoportable! En estas últimas quince horas no me dirigiste la palabra. ¡Te estás poniendo viejo! ¡Así, mirá! (Pepe, con el dedo, hace un gesto de impotencia.)

BETO (tratando de serenarse): No, no me pongo nervioso, Pepe. (Muy paternamente.) Mi única ambición es estudiar esta lección de Contabilidad. El sábado tengo parcial, tengo que dar examen y no

entendiendo nada. El asunto es bastante sencillo. No lo compliquemos. Lo único que quiero hacer es estudiar. (*Muy cariñosamente.*) ¿Me dejás estudiar, Pepe? ¿Eh?

PEPE (*muy concentrado afeitándose*): ¿Y qué me preguntás a mí? ¿Quién soy, Don Cima? (*Beto pone el grabador.*) Ché, Beto, escuchame una cosa...

BETO (*parando el grabador*): Pepe, ¿me querés volver loco? ¡Dejame tranquilo, Pepe!

PEPE: Contestame una sola pregunta.

BETO (*resignado*): ¿Qué pregunta? ¡Dale!

PEPE: ¿A la patrona nunca la fajaste?

BETO: ¿Cómo si la fajé?

PEPE: Claro. ¿Nunca le diste? ¿Una piña? ¿Un bifecito?

BETO: ¿Estás loco vos?

PEPE: ¡Vamos, Beto! ¿Me vas a decir que nunca fuiste capaz de fajar a tu mujer? ¿Ni siquiera un bifecito? ¿Chiquitito así? (*Pone la mano.*)

BETO: Bueno, sí, un día le pegué un bifecito, dale.

PEPE: ¿Cuándo?

BETO: Cuando recién nos casamos. (*Pausa.*) Te juro, hace tantos años que ya no me acuerdo.

PEPE: ¿Y por qué?

BETO: ¿Y por qué, qué?

PEPE: Digo, ¿por qué le pegaste?

BETO: Ah, no... (*Molesto.*) Fue porque dijo que papá tenía cara de boludo.

PEPE: ¿Y vos qué hiciste?

BETO (*sigue molesto*): Bueno, le pegué un bifecito, pero chiquitito, y le dije que la vieja tenía cara de puta gastada.

PEPE: ¿Y ella qué hizo?

BETO: Se puso a llorar y se las quiso tomar.

PEPE: ¿Y vos qué hiciste?

BETO: ¿Cómo qué hice?

PEPE: ¿Se fue? ¿La dejaste ir?

BETO: ¿Estás loco vos? ¿Cómo la iba a dejar ir, vos sabés cómo la quería?

PEPE: ¿Cómo, ahora no la querés más?

BETO: Sí. ¿Por qué?

PEPE: Como dijiste "la quería"...

BETO (*parado*): Es una manera de decir.

PEPE: ¿Y qué pasó?

BETO: Nada, no pasó nada. Nos rectificamos los dos y asunto concluido.

PEPE: ¿Qué quiere decir eso?

BETO: Y, que ella me dijo que papá no tenía cara de boludo y yo le dije que la vieja no tenía cara de prostituta gastada.

PEPE: ¡Dijiste prostituta!

BETO (*confundido*): ¿Cuándo?

PEPE: ¡Recién, usaste dos términos totalmente distintos!

BETO: ¿Qué sé yo, Pepe! ¡Dejame de joder! ¿Qué, me estás tomando examen ahora? Me preguntaste, te contesté. ¿Qué querés ahora? ¡Pará la mano, viejo! ¿Se te da por la gramática?

PEPE: ¡Ah, te enojás encima; claro, el loco soy yo!

BETO: Escuchame, Pepe, me cuesta mucho entender esto, en serio. El sábado tengo parcial. (*Cariñosamente.*) ¿Me dejás estudiar, Pepito?

(*Pepe no le contesta y continúa afeitándose. Beto lo observa unos instantes y luego prende el grabador.*)

PEPE (*muy serio*): ¡Beto! (*Beto para el grabador resignadamente.*) Yo la fajé a la Nelly.

BETO: ¿Y quién es la Nelly?

PEPE: La mina que vive conmigo. (*Pausa.*) ¿Y no me decís nada?

BETO: ¿Y qué querés que diga... ¡Dale, Pepe! ¡Dale, Pepe!

PEPE: A ella le gusta.

BETO: ¿Qué le gusta?

PEPE: Y, que la fajé, que le dé.

BETO: ¡Masoquista!

PEPE: ¿Maso... qué?

BETO (*parado*): Nada, digo que le gusta que la fajés.

PEPE (*ríe*): Cuando "hacemos la cosa". (*Al no ver respuesta de Beto se pone serio.*)

BETO: ¿Qué cosa?

PEPE: La cosa... (*Pausa.*) La cosa, la cosa, ¿entendés? La cosa.

BETO: ¡Ah, la cosa!

PEPE: Sí, la cosa.

BETO: ¿En el acto?

PEPE: ¿Qué acto? (*Beto lo mira.*) Ah, el acto. Es el ingrediente, si no la cacheteo no se va.

BETO: ¿Adónde se va?

PEPE: Digo, si no la fajó no se va; no se va en el acto. ¿Entendés?

¡Ché viejo, estoy tratando de ser delicado! ¡Qué pelotudo que sos vos también!

BETO: ¡Qué delicado, si sos un degenerado!

PEPE: No, querido; a mí me gusta que llegue.

BETO: ¡Estás en tu salsa, vicioso!

PEPE: ¡No señor! Si es necesario dársela para que llegue, yo se la doy con todo, y se acabó.

BETO: Eso no está bien, Pepe.

PEPE: ¿Qué no está bien?

BETO: Pegarle a una mina. No está bien.

PEPE: ¿Ah sí? ¿Y pegarle a un tipo? ¿Eso está bien?

BETO: ¿Cómo, andás con un tipo?

PEPE: No, ella me faja a mí.

BETO: ¿Pero cómo te faja a vos, Pepe? ¡No entiendo!

(*Pepe se arroja encima de la mesa.*)

PEPE: Ella viene primero y me hace así. (*Le da un cachetazo a Beto.*)

BETO: ¿Qué hacés? ¡Dejame de joder! ¿Sos loco vos?

PEPE: Pará, pará, es para mostrarle. No te pongas nervioso. Ella viene primero con la cosa chiquita y negra acá (*hace la forma de una bombacha sobre su calzoncillo*) y acá el coso negro y subido (*hace la forma de un corpiño sobre su pecho*) y el coso negro transparente... yo la veo venir y le hago (*se pega un bife en la cara*) a ella, ella me lo devuelve a mí, así (*se pega*), y yo a ella (*se pega*) y ella a mí (*se pega cada vez más fuerte*) y yo a ella y ella a mí (*se pega con las dos manos, zas, zas!*) y yo a ella y ella a mí y terminamos cagándonos a cachetazos!

BETO: ¡Pará, Pepe, pará! ¡Son una manga de reventados ustedes dos! ¡Pero esto es un infierno! Yo me mudo de acá. Yo con el flaco podía estudiar. (*Retira el grabador a otra cama.*)

PEPE (*reaccionando*): ¿Sabés las ganas de laburar que tengo ahora? (*Se toca las manos.*)

BETO: Tenemos que esperar. (*Prende el grabador.*)

PEPE: ¿Cuánto? ¿Cuánto hay que esperar?

BETO: Qué sé yo. (*Apaga y prende el grabador con un segundo de diferencia.*) ¡Galíndez dijo que no nos podemos mover de acá hasta que él llame, ¿no es así?

PEPE: ¿Qué hacés con ese grabador? ¿Me querés volver loco? ¡Pará, infeliz! ¡Estás terrible hoy!

(*Pepe empieza a hacer gimnasia cada vez más rápido y más fuerte. Hace mucho ruido y Beto no puede escuchar la lección.*)

BETO: ¡Pepe!

PEPE: ¡Beto!

BETO: ¿Qué te ponés a hacer gimnasia ahora? Me preguntaste y te contesté. ¿Me vas a dejar estudiar? ¿Sí o no?

(*Pepe deja de hacer gimnasia y se le viene encima a Beto.*)

PEPE: Escuchame, ¡yo ahora no puedo hacer gimnasia! ¡No puedo hablar con vos! ¡No puedo hacer un carajo! ¿Pero vos quién te creés que sos, eh? ¿Qué sos? ¿Mi papá?... ¡Vení, papi, decime qué tengo que hacer, decime!

BETO: Leé el Pato Donald y dejá de hinciar las pelotas!

PEPE: Ya lo ící tres veces y me aburro.

(*Pepe toma una revista del Pato Donald, se sienta en la cama y comienza a leerla. Beto se acerca a Eduardo con ademán de golpearlo. se detiene a último momento. Este se despierta sobresaltado. Beto se acerca al teléfono y marca un número.*)

BETO (*pausa*): Hola, negra. El Beto habla, corazón. ¿Cómo te va? (*Pausa.*) ¿Cómo está la nena? ¿La abrigaste? (*Pausa.*) Mirá que está... ¡eso esta noche. (*Pausa.*) Hacé repasar la tabla del 7, que andaba floja en el cuaderno. (*Pausa.*) ¿Quién está ahí? (*Pausa.*) Ah, tu vieja, cada vez que me voy de casa la hacés entrar a tu vieja. (*Pausa.*) ¡Má qué compañía! Mala compañía, que te enviene la cabeza... dame con la nena, dame con la Rosi. (*A Pepe.*) ¡Vier la nena! (*Meloso.*) Hola, Rosi, el papi habla. ¿Cómo le va a la... ¡nequita? ¿Me querés mucho? Y como no te voy a querer si soy u papi. (*Pausa. Seco.*) Hola, Negra, ¿qué querés? ¿La boleta a la luz? No sé, está en el cajón de la cómoda; me das con la nena otra vez, ¿querés? (*Pausa. Meloso.*) Hola, Rosi, el papi otra vez. Y si Dios quiere, mañana voy a comer los raviolos con vos y con la abuela. ¿Te pusiste el vestidito del papi? ¿Te queda lindo? Bueno, hacé los deberes y obedecela a la mami. Sí, mi vida, sí. Chau, tesoro. (*Le manda besos.*) Dame con mami. (*Seco.*) Hola, Negra, la nena está con la voz tomada. No, no la abrigaste. Vos no te ocupás de ella. No, no te estoy levantando la voz, te hago una observación, y bueno, dale una aspirineta.

PEPE: ¡Chupame la camiseta! (*Rimándole.*)

BETO (*a Pepe*): Dejate de joder, ¿querés? (*Pausa.*) ¡No! ¡No! No es a vos, es a Pepe, que está al lado mío. ¡No! No hay ninguna Pepa, Negra. Con vos no nos entendemos nunca. Vieja, terminalala. La seguimos en casa, vieja. ¡Terminalala! ¡Andá a cagar! (*Cuelga el teléfono.*)

(*Pepe se acerca a Eduardo.*)

PEPE: Eh, pibe, ¿sabés boxear vos? (*Le tira pinas.*) ¡No te vas a pasar durmiendo todo el día!

(*Eduardo se ríe y lo esquiva. Suena el teléfono. Los dos se miran.*)

BETO (*a Pepe*): Atendé vos.

PEPE: No, hablá vos. Lo conocés mejor. (*El teléfono sigue sonando.*)

EDUARDO: ¿Atiendo yo?

(*Se encamina lentamente hacia el teléfono. Lo mira a Beto y queda como subminado.*)

BETO (*atiende*): Hola, si señor Galíndez. Muy bien, muchas gracias. Bueno, la verdad, muy divertidos no estamos. Un poco aburridos con Pepe. Sí, señor. ¿Una sorpresa? ¡Acá? Sí, señor, estoy escuchando. Perfecto, señor. Comprendido, señor. (*Caeiga. A Eduardo.*) Andá a la esquina, pibe. Te van a entregar dos paquetes de parte del señor Galíndez.

PEPE: ¿Dos paquetes?

BETO: Nos manda dos paquetes para que no nos aburramos.

PEPE: ¿No nos mandará una mesa de ping-pong como la otra vez?

EDUARDO: Me paro en la esquina ¿y qué hago, señor?

BETO: Van a pasar con un coche y te van a entregar dos paquetes. ¿Entendés?

EDUARDO: ¿Y qué hago con los dos paquetes?

PEPE: ¿Dónde los vas a llevar, boludo, a la casa de tus viejos?

BETO: ¡Traelos aquí, infeliz! ¡Rápido! (*Eduardo se va.*)

BETO: No me gusta esto.

PEPE: ¿Qué?

BETO: Cuando laburaba con el Flaco nunca esperábamos tanto.

PEPE: Los tiempos cambian. Ahora improvisan menos.

BETO: ¡A mí esta espera me mata!

PEPE: Yo por eso traigo los aparatos.

BETO (*pausa*): ¿Sabés una cosa, Pepe?

PEPE (*intramquillo*): ¿Qué, qué pasa ahora?

BETO: Recién, cuando habló, la voz me pareció más ronca.

PEPE: ¿Quién? ¿Cómo?

BETO (*para*): Galíndez.

PEPE: ¿Qué pasa, viejo? ¡Había!

BETO: No sé, me pareció que tenía una cierta ronquera al hablar. (*Retrocede.*)

PEPE: Y... se habrá resfriado. Hizo mucho frío estos días.

BETO: Pero es que ayer no estaba ronco.

PEPE: ¡Y qué sé yo!... Habrá dormido destapado. (*Pausa.*) Además, Beto, ¿qué te tenés que preocupar tanto por la salud de Galíndez? Con los quilombos que tenemos nosotros acá adentro y vos te calentás por un simple resfrío. ¡Vamos, viejo!

BETO (*pensativo*): Es que pensé que pudieran ser distintas.

PEPE: ¿Distintas qué?

BETO: Las voces.

PEPE (*se ríe*): ¿Vos decís que Galíndez tiene dos voces distintas?

BETO: O que fueran dos personas...

PEPE (*tombó*): ¿Dos... personas? (*Pausa.*) No... no puede ser. Estás totalmente sugestionado. Vamos, viejo, ¡dejate de joder! Te labura mucho el bocho a vos. Es esa porquería. (*Señala el grabador. Pausa.*) Mirá si Galíndez va a tener dos voces distintas. ¿Estamos todos locos? (*Pausa larga.*) Beto, ¿vos decís que el de anoche y el de hoy son dos tipos diferentes?

(*Beto hace una pausa larga. Lo mira fijo y bate un gesto como diciendo "qué sé yo".*)

PEPE: ¡Terminá de joderme! (*Pausa. Pepe corre hacia la puerta por donde salió Eduardo.*) ¡Y para colmo lo dejaste ir!

BETO: ¿A quién?

PEPE: ¡Al pibe! ¡Al pibe! ¿Te das cuenta que puede estar en comunicación con el ronco?

BETO: ¿El ronco? ¿Quién es el ronco?

PEPE: El ronco que se hace pasar por Galíndez.

BETO: ¿Cómo?! ¿Hay un ronco, entonces?

PEPE: Pero si me lo dijiste vos.

BETO: ¿Cuándo te lo dije?

PEPE: El que habló recién por los paquetes, ¿no es el ronco que se hace pasar por Galíndez?

BETO: Y... pero podría tener la voz tomada.

PEPE (*confundido*): ¿Pero vos me querés volver loco? ¿No me dijiste hace un ratito que un tipo bajito y ronco se hacía pasar por Galíndez? ¿O yo estoy loco?

BETO (*asustado*): ¿Yo te hablé de un tipo bajito? (*Pausa.*) ¿Cómo de bajito?

PEPE (*marta con la mano la altura de un enano*): Y, sería así más o menos. (*Pausa.*) ¡Pero qué sé yo cómo era! ¡Yo no mido la gente por la calle!

BETO: ¡Pará, Pepe, pará la mano! ¡Esto es un infierno! ¡Pará, que nos volvemos locos!

PEPE: ¡Pero qué pará ni pará! ¡Si empezaste vos!

BETO: ¡Y sí, empecé yo y la seguís vos! ¡No aguanto más, Pepe! ¡No hablen más!

PEPE: ¡Ah, pero te juro, Beto, si los llevo a enconurar juntos a los dos, los mato!

BETO: ¿A quiénes?

PEPE: Al ronco y al pibe. ¡Te juro que los mato! Lo agarro del cuello al ronco... ¡así, ves!

(*Geito de aborcar con la zarda. Se escuchan los ris y aparecen dos mujeres jóvenes con tiras empásticas en los ojos. Afuera de ellas viene Eduardo.*)

BETO: ¿Qué es esto?

EDUARDO: El coche llegó a la esquina y bajaron esas dos niñas. Me dieron una carta para ustedes. (*Se la alcanza a Beto.*)

PEPE: ¡Es genial, Beto! ¡Los dos paquetes son dos putas! Se pasó!

BETO (*lee la carta*): "Queridos Beto y Pepe."

PEPE: Queridos, ¿eh? (*Sigue él leyendo la carta.*) "Aquí les mando estas dos nenas para que se diviertan. Hagan lo que quieran."

BETO: "Obsequio de la casa."

PEPE: Firmado.

BETO: ¡Galíndez!

PEPE: ¡Es un macho!

(*Las chicas están paradas en el medio del cuarto. Muy juntas una con la otra. Beto y Pepe se miran. Beto se saca el cinturón y pega un latigazo sobre la mesa. Las chicas saltan, asustadas. Pepe le toca el trasero a una. Beto se pone enfrente de la otra.*)

BETO: ¡Sacate la venda, dale! ¡Sacátela!

(*Cada vez que ella intenta sacársela, le pega en la mano. Pepe le hace señas a Eduardo para que participe también. Los tres disfrutan mucho de la escena. Las chicas tratan de esquivar los golpes y los mamotazos.*)

COCA: ¡Pero ché! ¿Qué pasa?

LA NEGRA: ¿Peto qué mierda es esto?

COCA: ¡Ay! ¡No peguen! (*Eduardo le pega una patada en el trasero.*) ¡Ay! ¡No peguen!

(*Eduardo le mete la mano por debajo de la pollera a La Negra.*)

LA NEGRA: ¿Qué hacés?

(*Beto hace señas para que las dejen solas. Los tres se alejan. Beto se sienta en el respaldo de la cama.*)

LA NEGRA: ¡Yo me saco la venda! (*Coca también se la saca. La Negra mira a los tres y comienza a reírse a carcajadas.*) ¡Mirá, Coca! ¡Mirá adónde nos mandaron! ¡Yo pensé que estábamos con unos tipos bárbaros! ¡Mirá la pinta que tienen! ¡Parrecen presos!

(*Coca también se ríe a carcajadas.*)

BETO (*molesto*): ¡No jodan! ¡Que si Galíndez las mandó acá, es porque hicieron alguna gran cagada!

(*Coca lo mira a Eduardo provocativamente.*)

COCA: ¡Negra, pará un poquito! (*La Negra para de reírse.*) ¡Miralo al pibe... Está bien, ¿no? (*A Eduardo.*) Nene, nene, decíles a tu papá y a tu tío que se las tomen... y vos te quedás acá con nosotras.

EDUARDO (*temo*): Los señores no son ni mi papá ni mi tío.

BETO (*riendo*): Por lo menos tienen humor. No son putas gastadas.

COCA: ¡Pobre de vos!

PEPE: Están ricos, ¿eh? (*Pausa.*) ¡Vamos a parar de hablar y vamos a festejar! (*Prende la radio. A Coca:*) ¡Vení, Liz Taylor! ¡Vení!

COCA (*riendo*): ¡Tomátelas!

PEPE (*saca una botella de whisky*): Esto es para vos, Beto.

BETO: Pibe, andá a la cocina y traé de la heladera unos cubitos. (*Eduardo sale.*)

PEPE (*muy alegre*): ¡Una botella para la señora, Perkins! (*La fiesta comienza a organizarse. Pepe invita con whisky a todos. Entra Eduardo con los cubitos.*) Vení, flaca. Vení conmigo. (*La llera a Coca hacia el colchón donde dormía Eduardo.*)

BETO (*abrazando a La Negra*): Movete, Negra. Enseñale al pibe como te movés.

(*Beto abraza a La Negra y ésta lo acaricia a Eduardo.*)

COCA: ¡Negra! ¡Largá el pendejo!

PEPE: ¡Bien hecho, pibe! ¡Chape! ¡Chape!

COCA: ¡Pibe, vení!

PEPE (*señalando a Eduardo*): Dejalo, Beto, después estás vos con ella.

LA NEGRA (*muy divertida. A Beto*): ¡Mi pobre panchito! ¿Está enojado?

BETO: ¡Mirá, Pepe! (*Mirando cómo Eduardo acaricia a La Negra.*)

PEPE: ¡Y nos quejábamos de Galíndez!

BETO: ¡No sabe nada el Negro! ¡No sabe nada!

PEPE: ¡Qué jola, viejo!

SARA (*entra para acomodar algunas cosas*): ¡Qué quilombo es éste!

¡Lujuriosos! ¡Carachos inmundos! Ah, estos muchachos...

BETO (*a Eduardo*): ¡Vení, pibe, vení que cabemos los tres!

(*Se acomoda en una cama. Beto intenta desvestirse a La Negra.*)

LA NEGRA: ¿Ché, qué te pasa? ¿Por qué estás tan apurado? Parece que es la última vez que vas a tocar una mina... Parecés un pendejo atrasado.

BETO (*se ríe*): ¡Vamos, dejá que te desabroche papá!

LA NEGRA: ¡Calláte, degenerado! ¡Yo quiero que me desabroche el pibe!

(*Eduardo, lo mira a Beto como pidiendo autorización.*)

BETO: ¡Y dale! ¡Qué me mirás con cara de carnero degollado! ¡Dale!...

(*Eduardo le desabrocha el vestido mientras Beto le beta y acaricia por delante.*)

PEPE (*tomando de la botella*): ¡Al gran pueblo argentino, salud! (*Intenta desvestirse a Coca.*)

COCA: ¡Ché pará! ¡Yo quiero que me desabroche el pibe!

PEPE: ¡Bien, pibe! Te estás consagrando.

EDUARDO (*a Coca*): Ya voy. Ya voy. (*Termina de desabrochar el vestido a La Negra. Le mira la espalda.*) ¡Tiene un tatuaje!

BETO (*mirando la espalda*): ¡Tiene un tatuaje, Pepe!

LA NEGRA: Una manía de San Martín de Tours, el Patrono de Buenos Air.

PEPE (*ríe*): ¡Qué, tenés un santo en la espalda?

COCA: Yo también tengo mi tatuaje. ¡Miren!

(*Muestra la espalda con orgullo. Los tres se acercan a mirarla.*)
BETO: ¡Perón! ¡Lo tiene a Perón en la espalda! ¡Esto es genial! (*Se ríe a carcajadas.*)

EDUARDO: ¡Lo tiene con la banda presidencial y todo!

PEPE (*muy serio*): ¿Sos peronista vos?

COCA (*desafiante*): ¡Sí! ¿Por qué?

PEPE: ¡Rajá de acá, negra de mierda!

BETO (*tentado*): ¡Dejate de joder, Pepe! ¡Lo tiene a Perón en la espalda y te lo vas a tomar en serio!

EDUARDO: ¡Déjela, señor! ¡No ve que es una pobre mujer!

COCA: ¡Pobre mujer será tu madre!

PEPE (*muy agresivo*): ¡Rajá de acá que te mato! (*A Coca.*)

BETO: Dejá la política a un lado. La manda Galíndez para hacer quilombo y vos sos más papista que el Papa. (*A Pepe.*)

PEPE (*después de obviarla a Coca*): ¡Sacate el vestido y vení para acá!

COCA: ¡Me saco el vestido si se me canta el culo!

BETO: ¡Qué lindo vocabulario! ¡Muy bien! ¿Qué sos, una cloaca?

PEPE (*más relajado*): ¿Te lo puedo sacar yo, mi amor?

COCA: ¿Por qué me mirás así? ¿Qué mierda te pasa a vos? Estás jodiendo, ¿no?

PEPE: Yo siempre jodo. Soy jodón de nacimiento. Me hicieron jodido. Todos somos jodidos. Vení acá con papi. Vení.

(*Pepe se acerca a Coca y le saca cariñosamente el vestido.*)

BETO (*a Eduardo*): Vení, sigamos con nuestra mercadería, vení.

(*Se arrojan en la cama con La Negra. Eduardo vuelve a desabrocharle el vestido. Beto la acaricia. Sara para frente al grabador de Beto y aprieta el botón. Se escuchan la lección de Contabilidad.*)

LA NEGRA: ¿Qué es eso? ¿Quién habla?

BETO: Es mi lección de Contabilidad.

SARA (*a Beto*): ¿Hice mal?

BETO: No, doña Sara. Déjela como música de fondo. (*A La Negra.*)
¿Sabés lo que hago con la lección de Contabilidad? Pongo la lección cuando me voy a apolillar, para que se me vaya grabando en la cabeza. (*Pausa.*) A la mañana siguiente, la verdad, ¡no me queda un carajo!

(*Pepe ha terminado de desvestirse a Coca. Queda totalmente desnuda.*)

PEPE (*a Coca*): ¡Venga, mi linda peronista! Vamos a comenzar un largo viaje. Vamos a volar a las nubes. ¿Querés volar conmigo?

COCA: Sí, loquito. Quiero volar con vos.

(*Pepe la ubica a Coca sobre una cama. La cama se pone en posición vertical automáticamente.*)

PEPE: ¿No tenés miedo de volar? ¡Pibe, vení acá!

LA NEGRA (*a Coca*): ¿Ché, qué es eso?

(*Coca le hace señas como que no entiende nada, pero igual le resulta divertido.*)

PEPE (*a Eduardo*): ¡Atale las manos!

(*Eduardo le coloca unos sujetadores en las manos y en los pies.*)

EDUARDO: ¿Está bien así, señor?

PEPE: Perfecto, pibe. (*A Coca.*) Lindo cuerpiño tenés, ¿eh? (*Va al armario y saca sus cojotes. Pausa. A Eduardo.*) ¿Vos sabés cuáles son los puntos neurálgicos?

EDUARDO: Algo leí en el libro del señor Galíndez.

COCA (*intranquila*): ¡Ché, larguen! ¡Déjense de joder! ¡Basta de chistes!

BETO: ¡Es impresionante, Pepe! ¡Muy bueno!

PEPE: ¿Por dónde querés empezar, pibe?

COCA: ¿Empezar qué?

EDUARDO: ¿Pero vamos a empezar con ella, señor?

PEPE: Sí, por supuesto. (*Pausa.*) Vamos a volar con ella. (*Pausa.*)

Vos tenés suerte, pibe. Es bueno adiestrarse con una puta. No todos tienen este material. ¡Vamos!

COCA (*asustada, a Eduardo*): Señor, dígame que me suelten. Por favor, señor.

EDUARDO: ¿Qué tengo que hacer?

(*Beto se acerca a la dama donde está atada Coca.*)

BETO: ¿Por dónde querés empezar vos? (*A Eduardo.*)

EDUARDO (*pausa*): Por los pezones.

BETO: ¿Por los pezones? ¡Bueno, pero sin hablar! ¡Mirá, pibe, en este oficio no se habla! Son otros los que hablan acá.

(*Eduardo se acerca a Coca y le marca zonas del cuerpo con tinta de iodo.*)

COCA: ¡Socorro! ¡Negra! ¡Déjenme! ¡Socorro!

LA NEGRA: ¿Qué es esto? (*Se levanta de la cama.*) ¿Son locos?

BETO (*a La Negra, sujetándola*): ¡Quedate piola!

COCA: ¡Negra, ayudame!

LA NEGRA: ¡Déjenla! ¡Hijos de puta!

(*En ese momento una música muy fuerte tapa las voces de la escena. Sólo se ve la mimica. Los actores hablan pero no se escuchan lo que dicen. La situación dramática es la siguiente: Eduardo le marca a Coca zonas del cuerpo que deben interpretarse como zonas neurálgicas. Beto la tiene sujeta a La Negra, que trata de zafarse y grita histéricamente. Cuando Eduardo termina de marcarla a Coca, Pepe toma un sífon y la moja totalmente. Esta grita y llora. Está desesperada. Pepe saca de la caja una picana. La enciende. Se ven las chispas. Hace ademán de ofrecérsela a Eduardo. Beto lo estimula para que la agarre. Eduardo vacila. Pepe insiste. Eduardo está a punto de agarrar la picana. La tensión dramática llega a su climax. De pronto se ve que suena el teléfono. Digo se ve, porque Beto, Pepe y Eduardo quedan como petrificados. Cesa la música y sólo se oye*

cucha el teléfono y el llanto y quejido de las mujeres. Beto atiende rápidamente el teléfono.)

BETO: ¡Mola! ¡Sí, señor Galíndez! ¿Cómo? ¡Diez minutos? Esuche, señor, con las minas ¿qué hacemos? Perfecto, señor. Sí, señor. Comprendido. (*Caeiga. A Pepe:*) En diez minutos, laburamos.

PEPE: ¿Y con éstas qué hacemos?

BETO: Que el pibe las lleve a la esquina y se tajan. ¡Ya! ¡Vamos! (*A La Negra:*) ¡Vamos, boluda, dejate de llorar y vestite, querés!

(*Eduardo la ayuda a bajar a Coca de la cama. Esta no para de llorar. Eduardo le alcanza la ropa y la ayuda a vestirse. Beto la empuja a La Negra y la obliga a vestirse. Pepe va de un lado a otro.*)

PEPE: Vamos, vamos que todo tiene que estar listo en diez minutos. (*A Coca:*) ¡Y no grités más, que la sacaste barata!

COCA: ¿Qué pasa? (*Confundida.*) ¿Por qué me hiciste esto?

PEPE: No pasa nada. Pasa que te tenés que vestir y rajar ya, porque si no te cago a trompadas. (*Le pega un bife.*) Y te callás la boca, ¿entendés? Ni una palabra afuera de acá. Si no, te voy a buscar a tu casa y te reviento, ¿entendés?

EDUARDO: ¡Vamos, negra de mierda, ponete los zapatos! (*La zarrea, agrandado.*)

LA NEGRA: Ché, no peguen más. No peguen más. (*Llora.*)

BETO: ¡Andá a cagar! ¡Vamos, rajá de acá! ¡Rajá!

PEPE: Las vendas, pibe. Las vendas.

(*Eduardo las recoge del suelo y las guarda. Eduardo las apura pegándoles patadas en el trasero. Finalmente, se van los tres. Las mujeres bechan un estropajo. Cuando quedan ellos dos solos, las luces disminuyen y se tiene la sensación de que comienza un ritual. Todos los movimientos se hacen en silencio y en perfecta coordinación. Beto y Pepe colocan una camilla en el medio del cuarto. Beto dobla el mantel que la cubría y lo guarda en el armario. Retiran la cama hacia un costado. Pepe da vuelta una cómoda y se obtiene que es un botiquín. Los dos van hacia el armario y cada uno saca un canisolin. Se los ponen. Del bolsillo del canisolin sacan guantes de goma. Se los ponen. Beto saca del armario una caja esterilizada que coloca encima de la camilla. De ahí saca jeringas, ampollas, pinzas, aparato de presión arterial, etc. Los revisa uno por uno y los guarda nuevamente. Sólo deja afuera una especie de elemento fílico de medida muy grande. El ambiente se ha transformado de un cuarto*

hábitual a un ámbito de tortata. Hay muchos elementos que se metamorfoscan. Sólo hay luz de focos. Llega Eduardo. Al verlos, queda totalmente desconectado.)

PEPE: No te asustés, pibe. Es la rutina.

BETO (a Eduardo): ¿Trajiste ropa vos?

EDUARDO: No me dijeron nada, señor.

PEPE (a Beto): ¿Cuántos mandan?

BETO: Dos.

PEPE: ¿Cómo estás?

BETO: Como siempre. Con ganas de trabajar.

PEPE: ¿Y vos, pibe?

EDUARDO: Con un poco de miedo.

PEPE: No te preocupés, pibe. Ahora vas a conocer con nosotros lo que es laburar. Vas a ver las caras que ponen en esta camilla. Nunca te las vas a olvidar.

BETO: Afuera se hacen los machos, ¿sabés? Ponen bombas. Matan inocentes compañeros. Peto cuando los ponemos aquí en la camilla y los tocamos con los aparatos (*pausa*) ¡acá se cagan! ¡Se hacen pis encima! ¡Piden por la madre!

PEPE (*agarrando la pizana*): A estos objetos hay que saberlos usar. Tienen que funcionar a su debido tiempo. Es como una sinfonía. Cada uno debe sonar en su momento preciso. Como dice Galíndez, ya se acabó la época de los matones entre nosotros.

BETO: Vos tenés que pensar que por cada trabajo bien hecho hay mil tipos paralizados de miedo. Nosotros actuamos por irradiación. Este es el gran mérito de la técnica... y de Galíndez.

PEPE: Y además lo que tiene de bueno es que es un laburo seguro. Hay mucha gente arriba que nos cuida. Muchos intereses.

BETO (a Eduardo): Con Pepe laburamos cuatro veces nada más. Pero la verdad es que nos llevamos a las mil maravillas.

PEPE (*richándose*): Tocamos la misma melodía. (*Beto y Pepe se colocan unas capuchas.*)

BETO: ¡Como ves, pibe, aquí no hay detalle que se nos escape!

EDUARDO: Sí, ya veo. Además, para manejar todo esto hay que estar muy bien preparado.

BETO: Yo antes trabajaba con el Flaco Ahumada. Uno de los más grandes técnicos que tuvimos acá adentro.

EDUARDO: El que se suicidó, ¿no? (*Beto y Pepe quedan inmóviles.*)

BETO: ¿Y vos cómo sabés?

EDUARDO: Me dijeron que trabajaba muy bien. Que la mujer lo abandonó y se suicidó por eso. (*Los dos se relajan.*)

BETO: ¿Dónde está el puño?

PEPE: En el armario. (*Beto va al armario. Suena el teléfono. Beto lo mira a Pepe. Se sacan las capuchas.*) ¡Hola! Sí (*Beto y Eduardo se le acercan.*) ¿Cómo? ¿Qué dice, señor? ¿Que no laburamos? (*Beto agarra el teléfono. Pepe a Beto:*) ¡Tiene la voz ronca!

BETO: Hola, habla Beto Cáceres, señor. No, lo que pasa es que Pepe no le entendió bien. Ah, ¿entendió bien entonces?

PEPE: ¡No es Galíndez, Beto!

BETO: No, lo que pasa es que tenemos todo preparado, señor...

PEPE: ¡No es Galíndez, Beto!

BETO: Gajes del oficio. ¡Ah!, se suspendió por eso. Perfecto, señor. Llamo mañana a las seis, como todos los días. Comprendido, señor. (*Cuelga el teléfono. Pausa.*) Dice que dejemos todo como está. Y que nos vayamos.

PEPE: ¡No es Galíndez, Beto! ¡Nos están jodiendo como al Flaco Ahumada!

BETO: ¡Callate y cambiate!

PEPE: Pero si vos sabés mejor que yo cómo es esto! ¡Vos me contraste lo del Flaco!

BETO: ¡No te pongás histérico! Te digo que era Galíndez. ¿Sabés lo que dijo? Que no podemos laburar porque la situación está brava, ¿entendés o no? La situación está brava. (*Pausa.*) Nos están cuidando y vos encima te enojás. Nos están protegiendo, Pepe. No quieren crearos problemas a nosotros y no quieren crearse problemas ellos. ¡Nada más! (*Empieza a guardar sus cosas. Pepe está muy nervioso.*) Además, te acordás del estudiante, ¿no? Se te fue la mano con el pibe y casi más se arma lío.

PEPE (*muy agresivo*): ¿Qué tenés que hablar del estudiante?

BETO: Y te lo dije varias veces durante el laburo, pero esa noche estabas inspirado con el pibe. Se te fue la mano con los voltios, ¿eh? (*Pepe se le tiena encima.*) ¡Largá! ¡Largá!

PEPE (*agarrándolo con fuerza*): Pero si Galíndez me dijo que le diera con todo. Que quería el pibe de escarmento.

BETO: ¡Pero vivo! (*Soltándolo.*) Vivo, el pibe hubiera servido más, Pepe.

(*Pepe lo persigue a Beto por todo el cuarto.*)

PEPE: ¡Esto no te lo aguanto! ¡Yo soy un profesional! He dedicado mi vida a este laburo! Este es mi único laburo y encima tengo que to-

lerar consejos boludos de gente como vos! ¡Yo no tengo coartada, Beto! Yo no estudio en el Liceo Profesional Cima. Yo vivo de esto, ¡y ésta es mi profesión! (Pausa.) Pero mirá, esto no queda así! ¡No, de ninguna manera!... ¡A mí la orden me la dieron tal cual! ¡Esto se va a aclarar!

BETO: ¿Y con quién vas a aclarar?

PEPE: Mirá, te juro, como que me llamo José Ramos, que yo mañana mismo voy a Jefatura.

BETO: ¿Y a vos te parece que el Jefe te va a solucionar el problema?

PEPE: Y, si Galíndez trabaja para el Jefe, que se las arreglen entre los dos.

BETO: ¿Y será así la cosa, Pepe? (Pausa.) ¿No será que el Jefe trabaja para Galíndez? ¿No será al revés?

PEPE (desconcertado): ¿Cómo? No te entiendo.

BETO: ¿Querés que te diga una cosa, Pepe? A veces pienso que todos... que todos laburamos para Galíndez.

(Pausa.)

PEPE: Pero, entonces, ¿quién es Galíndez?

BETO: Y a esta altura de la cosa, ¿importa realmente saber quién es Galíndez? (Descontrolado.) ¡Al fin y al cabo nos sirve de algo! ¿No está todo organizado así? ¿Acaso no te gusta este laburo? ¿No nos pagan bien? ¿Qué otra cosa podríamos hacer mejor que esto? (Pepe lo escucha atentamente, como si comprendiera que no hay salida. Empieza a cambiarse lentamente. Eduardo se pasea tranquilamente, tocando todos los objetos que hay en el cuarto.)

PEPE: ¡Lindo bollo en la cabeza tenés vos! ¡Nos viniste a ver laburar y te encontrás con todo este quilombo. (Se sigue cambiando.) Pero te viene bien, porque aquí hay que estar preparado para todo, ¿sabés, pibe?

(Pepe y Beto comienzan a cambiarse para irse.)

EDUARDO: No se preocupen por mí. Yo estoy muy contento de estar acá con ustedes. Yo sabía antes de venir que éste era un trabajo duro, me lo imaginaba, bah... por lo que lei en el libro de instrucción del señor Galíndez. Yo sé que estar acá no es nada fácil... pero... me gusta este trabajo. Está de acuerdo con mi temperamento. Como diría Galíndez, cada cual debe luchar desde su trincherita. (Pausa.) Y ésta es mi trincherita. (Acaricia la pichera.) Y algún día aprenderé a tocar mi propia melodía. (Acaricia la pichera.) Como dice Galíndez. (Toma un libro y lee.) "No podemos dejar de señalar el enorme esfuerzo de vocación que nuestra profes-

sión implica. Sólo con esa fe y con esa voluntad es que se logra una adecuación mental necesaria para el éxito de nuestras tareas. Fe y técnica son, pues, la clave para un grupo de hombres privilegiados... con una misión excepcional..."

(Beto y Pepe caminan hacia la salida, ya cambiados.)

PEPE: ¡Bien, pibe! ¡Te lo vas a saber de memoria!

BETO: ¡Vas a aprender a tocar tu propio ritmo!

(Entra Sara, y sin mirarlos les dice:)

SARA: ¿Se van?

BETO: Sí, doña Sara. Va a tener que arreglar todo esto.

SARA: ¿No hay trabajo?

BETO: No. Se suspendió a último momento.

SARA: ¡Qué raro!

(Se dirigen hacia la salida cuando la voz segura y potente de Eduardo los detiene. Eduardo está frente a la camilla. Tiene en su mano el aparato de metal y a medida que habla lo va abriendo cada vez más.)

EDUARDO: "La nación toda ya sabe de nuestra profesión. También lo saben nuestros enemigos. Saben que nuestra labor creadora y científica es una trincherita. Y así, cada cual desde la suya, debe luchar en esta guerra definitiva contra los que intentan, bajo ideologías exóticas, destruir nuestro estilo de vida, nuestro ser nacional."

(Suena el teléfono. Eduardo, con un gesto marcial, atiende.)

EDUARDO: ¡Sí, señor Galíndez!

(Apagón.)

FIN

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
CERCINTO DE RIO PIEDRAS